



Bajo el Volcán

ISSN: 8170-5642

bajoelvolcan.buap@gmail.com

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

México

Traverso, Enzo

Theodor W. Adorno: retrato de un mandarín marxista

Bajo el Volcán, vol. 9, núm. 15, 2010, pp. 185-191

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Puebla, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=28620211008>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

THEODOR W. ADORNO: RETRATO DE UN MANDARÍN MARXISTA

Enzo Traverso*

RESUMEN

Al partir de una serie de biografías que celebran el centésimo aniversario del nacimiento de Theodor W. Adorno (1903-1969), este artículo es un trabajo reflexivo sobre aspectos personales y contradicciones de su pensamiento y práctica política. No es una biografía extensa, sino un punto de vista de un historiador sobre ciertas características personales de Adorno. Una primera consideración se refiere a su pensamiento sobre la dialéctica de la Ilustración y su práctica política durante la subida del nazismo. Un segundo aspecto da cuenta de los condicionamientos del exilio, una parte importante del pensamiento y obra de Adorno. Un tercer semblante describe el regreso de Adorno a Alemania, al mismo tiempo que narra su relación conflictiva con los movimientos de 1968 que, según Marcuse, tomaban la teoría crítica al servicio de la revolución.

Palabras clave: dialéctica de la Ilustración, biografía, personalidad, exilio, teoría crítica, contradicción, racionalidad.

ABSTRACT

Starting from a series of biographies which commemorate the centenary of the birth of Theodor W. Adorno (1903-1969), this article is a reflective work on the personal aspects and contradictions in Adorno's political thought and practice. It is not an extensive biography, but a historian's point of view about certain personal characteristics of Adorno. The first part refers to Adorno's thought regarding the dialectic of enlightenment and his political practice during the rise of Nazism. A second reflection refers to the conditionings of the exile, an important part in Adorno's thought and work. The third section describes Adorno's return to Germany and narrates his controversial relation with the movements of 1968 who, according to Marcuse, put critical theory to the service of the revolution.

Key words: dialectic of enlightenment, biography, personality, exile, critical theory, contradiction, rationality.

En 2003, Alemania celebró el centésimo aniversario del nacimiento de Theodor W. Adorno (1903-1969). Evidentemente, este filósofo, uno de los más importantes del siglo XX, no podía escapar a la ola conmemorativa que predomina en nuestra época. Hubo una inundación de obras, coloquios y celebraciones. Todo para satisfacer un ego que ignoraba la modestia y todo, también, para irritar portentosamente un espíritu crítico quien se hubiera horrorizado de ver su imagen transformada en un fetiche del mercantilismo cultural.

Entre los numerosos libros que marcaron este aniversario, sobresalen dos biografías, de las cuales la más ambiciosa y en cierta forma “oficial” (ya que publicada por Suhrkamp, editor alemán de la obra completa de Adorno) acaba de salir en su versión francesa. La otra, en ciertos aspectos mucho más original, sigue esperando un editor valiente. Este maremoto rebasó el Rhin con otras dos obras que completan la bibliografía francesa de Adorno: una colección de sus artículos de crítica literaria y su correspondencia con el compositor vienés Alban Berg.

Tanto el libro de Claussen como el de Müller-Doohm desbordan de admiración por el *maître à penser* francfortés, además, el primero lo pregona abiertamente con el subtítulo inspirado de una oración de Horkheimer: “un último genio”. Su devoción los lleva a borrar o minimizar algunos detalles problemáticos de la vida y de la obra de Adorno, pero, afortunadamente, sin matar su pensamiento crítico. Mejor dicho, el trabajo de Claussen no es una biografía. Se trata más bien de un retrato humano e intelectual que, sin preocuparse de una reconstrucción estrictamente cronológica, intenta bosquejar la personalidad de Adorno haciéndola dialogar con algunos de sus interlocutores: Kracauer, Horkheimer, Benjamin, Bloch, Brecht, Eisler, Thomas Mann, Fritz Lang. Concebido como una biografía mucho más convencional, el libro de Müller-Doohm describe más bien la vida de Adorno que su obra con base en una encuesta detenida fundada en la exploración de numerosos archivos. Los dos están sometidos a la coerción de la censura impuesta por la dirección de los archivos Adorno a la correspondencia todavía inédita del filósofo (en particular con Kracauer) que fueron autorizados a consultar sin poder citar.

Como muchos intelectuales de la izquierda alemana de su generación, Adorno tuvo que salir de su país después de la llegada de Hitler al poder en 1933 y refugiarse en Estados Unidos. A diferencia de la mayoría de sus amigos, su decisión de exilarse no fue inmediata. Protegido por su estatuto de semijudío (su madre, la cantatriz Maria Calvelli-Adorno della Piana, era católica de origen córcego), tuvo la ilusión, durante un rato, de poder quedarse en Alemania, adaptarse a esa nueva situación y esperar el fin de un régimen que percibía transitorio. Este proyecto resultó totalmente ilusorio y, en 1938, tuvo que decidir dejar la Alemania hitleriana después de casi cinco años de idas y vueltas entre Francfort y Oxford donde había obtenido una beca de estudios. Fue en Nueva York y, luego, en California, que animó con Max Horkheimer el Instituto de Investigaciones Sociales en exilio, mejor conocido hoy bajo el nombre de la Escuela de Francfort.

Esta escuela, en la cual colaboraban personalidades como Walter Benjamin, Erich Fromm y Herbert Marcuse, creada durante la república de Weimar, se había transformado en uno de los principales centros de marxismo crítico del periodo entre las dos guerras mundiales. De forma bastante extraña, en una época en la cual el mundo intelectual estaba focalizado entre comunismo y fascismo, el Instituto de Investigaciones Sociales combinaba a su gran originalidad intelectual un intransigente rechazo de cualquier acción política. Su ambición apuntaba a elaborar una “Teoría Crítica” de la sociedad en el momento en el cual el capitalismo tomaba tintes totalitarios. Sus investigadores querían explorar los nuevos rasgos de la dominación en la economía, la política, la cultura, con estudios sobre las estructuras del poder nazi, la ideología del fascismo, del anti-semitismo, la autoridad y la familia, etc. A Adorno le venía de maravilla esta posición hacia atrás de la política, lo cual era el objeto de la crítica burlona de Lukács. Es por medio de un juego de palabras inspirado en el verdadero nombre de Adorno que el filósofo húngaro Wiesengrund llamaba a esta institución con el apodo de “Gran Hotel Abgrun” (abismo).

Ni Claussen ni Müller-Doohm se interesan en las indecisiones políticas de Adorno antes de su emigración a América y es con cierta complacencia que el segundo califica de “negligentes” los artículos indecentes que publicó Adorno en 1934 en las revistas de crítica musical “mises au pas”,

donde citaba a Goebbels y coqueteaba con el vocabulario nazi (“raza”, “bolchevismo cultural”...).

Durante la guerra, Adorno escribió en colaboración con Horkheimer, *La Dialéctica de la Ilustración*, trabajo en el cual interpretan al nazismo como el resultado de un largo trayecto del racionalismo occidental. Cuando la cultura antifascista quería defender la civilización, analizando al nazismo como la recaída en una barbarie ancestral, Adorno veía en Auschwitz el producto de una dialéctica negativa de la misma civilización que había transformado la racionalidad emancipadora de las Luces en una racionalidad puramente instrumental puesta al servicio de fuerzas destructivas del fascismo. Así, el progreso industrial y técnico se convertía en retroceso social y humano. A semejanza de Benjamin quien, en el mismo periodo, describía el Progreso como una tempestad empujando la Historia a la catástrofe, Adorno llevaba sobre el mundo una mirada sombría y melancólica, pero exiliado en París en un acto redentor de los oprimidos. Parecía resignado a vivir en un mundo administrado y “reificado”, en el cual no había alternativa a la transformación de todas las relaciones humanas y sociales en relaciones mercantiles, de la cultura en producto industrial de consumación. En los años cincuenta, Adorno escribía que “el nazismo todavía vivía” y subrayaba que la amenaza no era, según él, la de un regreso del fascismo *contra* la democracia, era más bien la de una sobrevivencia del fascismo *en* la democracia. Escribía que “la vida se transforma en la ideología de la reificación, verdaderamente en la máscara de la muerte”.

EL REGRESO A ALEMANIA

La dialéctica del progreso, todavía fuertemente enraizada en el pensamiento de Marx, había dejado lugar a una dialéctica de la dominación, en el seno de una sociedad burguesa desde entonces presa de sus demonios faustianos. Es durante la guerra, en California, que Adorno creó lazos de amistad con Thomas Mann, su vecino, al volverse su “consejero secreto” en la redacción de *Doctor Faustus*. Dedicará al escritor alemán un magnífico retrato, ahora traducido en sus *Mots de l'étranger*.

Si Adorno fue aislado en su exilio americano, permaneció como *outsider* después de su regreso a Alemania, en 1949, en el apogeo de la Guerra fría. La universidad de Francfort –escribe Claussen– “no tendió la alfombra roja” para festejar el regreso de su ex *Privatdozent*. Sus colegas lo observaban con sospecha cuando lo llamaron con el fin de consolidar sus lazos con el mundo académico americano sin poder digerir su anticonformismo, su marxismo y sobre todo el hecho de que haya sido un exiliado. Adorno resentía claramente esta hostilidad. Hasta la mitad de los años cincuenta, cuando obtuvo el estatuto de *Ordinarius*, permaneció como marginal. Su reacción fue cultivar su aislamiento como un título de nobleza.

Müller-Doohm y Claussen sugieren que el exilio, al que Adorno había dedicado páginas tan fuertes y conmovedoras en *Minima Moralia*, fue en realidad su verdadera patria. Müller-Doohm escribe que, aun antes de conocer la condición existencial del emigrado bajo el nazismo, Adorno había hecho del exilio “el elemento subyacente de su pensamiento y de su concepción del mundo”. Claussen analiza la predilección estilística de Adorno por el fragmento; recurre a una metáfora: la del “mensaje en la botella” (*Flaschenpost*), la cual Adorno amaba utilizar en sus cursos pues reflejaba a la vez la condición del exilio y su propia concepción de pensamiento. Se sentía orgulloso de escribir en una lengua intraducible que algunos críticos percibían como “una patética metafísica de la oscuridad”. A pesar de su admiración por Alban Berg, nunca siguió su consejo de “no escribir algo difícil sino comprensible para todo el mundo”.

En sus escritos de posguerra, Adorno acentuó los rasgos aristocráticos y elitistas de su pensamiento: el ex exiliado se había convertido en un mandarín marxista. Musicólogo erudito, se escudaba en la defensa de la “Nueva música” que oponía a la estética del neocapitalismo, en la cual incluía toda forma de cultura popular. Ya en 1936 había condenado al jazz, en tanto que expresión estética de una “rebeldía de la naturaleza” que desembocaba en el fascismo. De igual manera, le parecía que el surrealismo ponía las fuerzas oníricas al servicio de la revolución y rozaba la pornografía con la fetichización de los objetos. Estas tomas de posición estaban ubicadas en oposición al interés de sus grandes amigos Walter Benjamin y Siegfried Kracauer por las formas modernas de producción artística (técnicamente

reproductibles). Sin duda, esto explica sus resbalones de 1934. Para encontrar una condena tan radical del arte moderno, habría que buscar en los discursos de los perdonavidas del “arte degenerado”.

El tono de sus ensayos de crítica musical sobre la escuela vienesa es muy diferente, ya que Adorno tenía a ésta una admiración sin límites. Su correspondencia con el autor de *Wozzeck*, Alan Berg, de quien siguió la enseñanza durante seis meses en Viena, se interrumpió por la muerte del compositor diez años después. Según Adorno, Berg había profundizado la ruptura creativa de Schönberg. Habían inventado una nueva forma musical capaz de aprehender el estallido de las formas. Ésta dejó sus huellas en la cultura del siglo XX y, por lo tanto, Berg ocupa un lugar especial en el recorrido de Adorno. Ni Kracauer, quien fue su verdadero padre espiritual (y su primer amor) ni Horkheimer, quien lo recibió en el Instituto de Investigaciones Sociales, ni Benjamin, del cual soportaba difícilmente la originalidad y la superioridad intelectual, recibieron el homenaje que rindió a Berg a través de una carta de 1926, cuando tenía 23 años. Escribía: “Debe de saber que no hay nadie más con quien me sienta tan profundamente y definitivamente atado; y no podría imaginar nada, pero absolutamente nada que podría separarme de usted”.

A partir de 1949, año de su regreso a Alemania, Adorno prestó su voz a la conciencia crítica de la República Federal. Lo hizo con su estilo aristocrático y su postura elitista, pero también con la potencia de su pensamiento. Ni Müller-Doohm ni Claussen imparten demasiada importancia al célebre aforismo de Adorno en cuanto a la imposibilidad de la poesía después de Auschwitz, al origen de un diálogo de sordos con Paul Celan. Pero subrayan que Adorno fue el primero en considerar a Auschwitz como un fundamento primordial e inevitable de la identidad alemana e incluso europea. Escribió que el nazismo, “ha impuesto a los hombres un nuevo imperativo categórico: pensar y actuar de tal forma que Auschwitz no se repita, que no ocurra nada similar”. Su imperativo categórico tuvo una dimensión totalmente universalista: agregó que eso no debería repetirse, ya sea bajo nuevas formas y contra nuevos blancos. En 1990, periodo de la reunificación alemana, Günther Grass escribió que este aforismo se había

grabado como una nueva “tabla de la Ley” en la conciencia histórica de toda una generación.

Una generación que había hecho de Adorno uno de los padres espirituales de su rebelión, y colocándolo repentinamente frente a sus propias contradicciones. En los años sesenta, los estudiantes radicalizados y la nueva izquierda alemana descubren el pensamiento de Adorno, se lo apropian con entusiasmo, reeditan sus escritos que se vuelven uno de los soportes filosóficos de su crítica *práctica* al capitalismo y a las tendencias autoritarias dentro de las instituciones de la R.F.A. Sin satisfacerse de una crítica puramente “contemplativa”, rebasaron la prohibición de acción que su *maître à penser* había, desde siempre, interiorizado y reivindicado como dogma absoluto. Müller-Doohm muestra detalladamente qué tan conflictiva y tensa fue la relación de Adorno con el movimiento estudiantil. Junto con su asistente en este periodo, Jürgen Habermas, calificaba de “fascistas rojos” a los jóvenes rebeldes. En 1968, Adorno llegó al grado de llamar a la policía para acabar con la ocupación del Instituto de Investigaciones Sociales por los estudiantes. Éstos se lo cobrarían al humillarlo públicamente. Marcuse, que veía en este movimiento una traducción práctica de las teorías de la Escuela de Francfort, mandó unas cartas severas a su viejo amigo. 1968 intentó conciliar a Adorno y el Che Guevara, al teórico de la crítica y la crítica de las armas. Una mezcla explosiva, en la cual el filósofo francfortés había preparado la pólvora sin jamás atreverse a prender la mecha.

NOTA

*Traducción: Sylvie Bosserelle.